



# Perdido: Un Billetero



Se Ofrece Buena  
Gratificación

por Florencia Mitchell

Solamente quien ha estado en la miseria, sin dinero y sin trabajo, puede comprender la tentación que se me presentó mientras regresaba a pie a mi casa una tarde de primavera. Todo el día había caminado buscando un trabajo que necesitaba con gran urgencia. La única persona que necesitaba de mis servicios era mi hijita Betty quien me esperaba en nuestro apartamento que se componía de un solo cuarto. Para mí era muy humillante hallarme en tales circunstancias ya que antes yo había sido una mujer que tenía dinero ganado del buen éxito en el negocio. Pero ahora me hallaba como mendiga buscando cualquier clase de trabajo que se me ofreciera. Mi esposo me había abandonado y yo ni sabía dónde se encontraba él. Pero mi mayor preocupación era el hecho de que mi hijita confiadamente esperaba que Dios y yo le proveyéramos de alimento y vestido.

A pesar de ser hijita chiquita, cada noche ella oraba e insistía que yo también me arrodillara con ella al lado de la vieja cama que compartíamos. Yo le había enseñado a orar cuando ella tan solo podía balbucear unas pocas palabras. Y ella gozaba de una fe admirable. Fuera cual fuera el problema de su pequeño mundo, una oración lo podría resolver. ¡Ojalá yo tuviera una fe igual!

Me encontré lejos del pequeño cuarto que llamábamos nuestra casa, pero dispuse no gastar en transporte. El pasaje que podía economizar movilizándome a pie, me serviría para comprar un poco de avena y leche para nuestra cena. Mientras con cansancio caminaba por el largo trayecto, me dí cuenta que mentalmente repetía la oracioncita vespertina de Betty, y eso a pesar de que mi corazón se sentía muy triste. Miré con ansia al taxi que acaba de pararse un poco adelante. Antes yo también acostumbraba tomar los servicios de un taxi pero ahora no tuve con qué pagarlo. Un señor, de un salto, bajó del carro, pagó al chofer y casi corriendo entró en el edificio de enfrente.

En este momento oí un sonido metálico producido por algo que cayó sobre la acera. Buscando bien me dí cuenta de que era un botón que se desprendió de mi abrigo, y por nada quise perderlo. Agachándome para recogerlo de la cuneta, lo encontré junto a un billetero finísimo de cuero, bien gordito por la buena cantidad de billetes que contenía. Recogí las dos cosas y las metí en la bolsa. Nadie se había fijado en lo que hice. O, por lo menos, si se hubiera fijado, hubiera creído que solamente me agachaba para recoger lo mío.

Mi corazón dio una vuelta. A cada paso que daba, esperaba oír que alguien me gritara: “Alto, Ladrona”. Me dieron ganas de correr y me costó no hacerlo. A pura fuerza de voluntad me obligué a seguir mi camino en calma. Subí las gradas que me conducían al cuarto donde se encontraba Betty, sin acordarme de la avena que había pensado comprar en la tienda.

Me senté sobre la cama y abrí el billetero. No llevaba ninguna identificación a pesar de que era una cartera finísima que no cabe duda era de alguna persona adinerada. Estaba llena de billetes – más dinero que jamás en mi vida había tenido en mis manos – más de mil dólares, billetes de diferentes denominaciones – dinero suficiente para cuidarme a mí y a Betty durante mucho tiempo. ¡Qué buena suerte me había tocado! Nadie sabía que yo tenía la cartera de modo que yo podía quedarme con ella sin que nadie jamás se diera cuenta. Seguramente la persona que la había perdido no necesitaba tanto el dinero como yo. ¡Dios me había contestado mis oraciones! Escondí la cartera en mi pecho y me fui a la tienda. Deseaba comprar todas las cosas que necesitaba mi hijita, pero algo me detuvo.

La radio de mi vecina estaba puesta a alto volumen cuando regresé a casa. Ya entraba la noche y el canto que sonaba era mi himno favorito: “Guíame, Oh Luz Benigna, por las tinieblas que me rodean . . . Fielmente me has bendecido y sé que lo seguirás haciendo”.

Yo sabía desde el principio que no me convenía quedarme con el billetero que ya llevaba metido en mi pecho. Tal vez Dios me estaba probando para ver si era débil o fuerte y si de veras confiaba en Él. Me parecía que la tentación había venido con máxima fuerza.

A la mañana siguiente, después de una noche de dar vueltas y vueltas en la cama, salí y me detuve en la casa de una amiga. Le supliqué que me permitiera ver su periódico. Ella creía que me interesaba buscar algún empleo, pero a penas le eché un vistazo a los “Empleos”. Lo que me interesaba era la columna “Gratificaciones” donde estaba segura se hallaría el anuncio del la pérdida del billetero.

Allí estaba: el billetero de cuero finísimo con la cantidad de dinero que llevaba. La dirección del dueño era la del edificio en frente del cual yo había perdido el botón el día anterior. No había remedio; tenía que devolverlo.

Mientras subí en el ascensor, oré que Dios me diera palabras y me indicara cómo actuar. Me paré delante del escritorio de la recepcionista mientras ella me anunció con una persona sentada en una oficina lujosa, detrás de su escritorio grande. Era hombre de semblante amable y le reconocí inmediatamente. Era el hombre que se había bajado del taxi ayer. Le saludé y ofreciéndole la cartera, le dije: “Señor, estoy segura de que esta cartera es suya. No cabe duda de que usted la botó al bajarse del taxi ayer”. Entonces le conté del botón y de haber hallado el billetero botado junto a él en la cuneta.

“Muchísimas gracias, Señora. Ciertamente es mío. Este dinero lo tenía apartado como el enganche sobre una propiedad que me proponía comprar. Pero ya que lo perdí, he cambiado de parecer. Jamás hago algo cuando la Divina Providencia me indica que no conviene”, y con una sonrisa amable me siguió hablando: “Tenga usted la bondad de aceptar una muestra de mi agradecimiento más sincero por haberme devuelto la cartera”. Sacó de ella un billete, lo dobló y me lo entregó”.

Después de haberme despedido de él, caminé hacia el ascensor, toqué el timbre y esperé. Mientras el carro venía, abrí mi mano y casi sin poder creerlo, vi un billete de cien Dólares.

Aquellos cien Dólares, honradamente míos, me parecían de mayor valor que mil y pico que conté la noche anterior. Nos sostuvieron a Betty y a mí hasta encontrar un buen empleo en las oficinas de un corredor de fincas.

Un día, unas semanas después, mi patrón había salido con un cliente. En eso entró el caballero cuyo billetero yo había encontrado. Después de saludarme, dijo: “Creo que por fin

encontré la propiedad que me conviene comprar. Creo que solamente a su compañía le corresponde su venta”.

Mientras hablábamos sobre lo bueno de la propiedad, el patrón regresó. Se conocieron y el comprador con muestra de satisfacción, le dijo: Señor Castro, confío en la palabra de su empleada. Ella me informó acerca de esta propiedad, y si usted tiene a bien reconocerle a ella una comisión, estoy dispuesto a comprarla”.

El Señor Castro aseguró al comprador que la propiedad estaba de acuerdo con la información que yo le había dado y tendría el gusto de reconocerme a mí una buena comisión. Sacó de su bolsa la misma cartera que yo le había devuelto, y entregó al patrón una suma cuantiosa de dinero como el enganche. La comisión que a mí me tocó era parte del enganche y era muy buena cantidad también. Y era nada más que la primera de muchas comisiones que recibí en seguida.

Dios anduvo muy cerca de mí durante aquellos días. Las oraciones de Betty y la fe que ella puso en mí me sostuvieron durante muchas largas y difíciles pruebas. Ahora me siento increíblemente feliz y orgullosa porque puedo mirar los ojitos de Betty sin pena alguna de que alguien le diga que su madre es ladrona.

- *Gems of Truth en Juan Tres Dieciséis.*